

narnos de cosas... En medio de esta realidad, resulta sumamente importante recordar que el Espíritu viene en nuestra ayuda y nos adentra en las profundidades de la existencia y en las profundidades de Dios (I Cor 2, 10-11).

Dios está en la profundidad de todo. Dios no es tanto el Altísimo cuanto el Profundísimo. Es el Espíritu el que nos capacita para llegar al Profundísimo, al manantial de todo. Nos ayuda a entender el sentido de todo, incluso de los que parece menos inteligible, como la cruz. Nos ayuda a conocer el secreto de nuestro ser, porque hay en nosotros zonas en las que no permitimos entrar a nadie. El Espíritu nos adentra en el misterio de Dios, y en el nuestro propio.

“Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento”



PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y LA COMUNICACIÓN

- * **Lectura meditativa de la experiencia de Santa Luisa en su escrito titulado “Luz” (SLM, C y E; E.3, A2, pg. 666).**
- * **Comparte aquello que te ha llamado la atención del tema.**
- * **De las cuatro dimensiones a las que empuja el Espíritu (*anchura*=sintonía y apertura de corazón al hermano/a; *longitud*=compromisos de servicio; *altura*=vida consciente, digna, libre, responsable; *profundidad*=descubrir a Dios en la vida), ¿hacia dónde entiendes que te quiere llevar el Espíritu en esta Pascua de Pentecostés?**



FICHA DE RETIRO - Mayo, 2026

LAS MEDIDAS DEL ESPÍRITU

(cf. Efesios 3, 14-19)

La Iglesia necesita la presencia actuante del Espíritu Santo. La Compañía, a su vez, celebra con mucha profundidad la fiesta de Pentecostés porque entiende que es el Espíritu quien la renueva y vivifica constantemente. Si repasamos la historia tendremos que evocar aquel Pentecostés de 1623, decisivo para Santa Luisa. Más aún, difícilmente podremos entender la historia de la Compañía si prescindimos de la acción del Espíritu en ella y en las Hermanas concretas. La historia humana y la divina se abrazan en el Espíritu Santo. Pentecostés tiene mucho que ver con la fiesta de la Resurrección. Es algo así como meter la Pascua en el corazón de todo cristiano, personalizar la Resurrección de Jesús, vestir de Pascua la vida entera de cada creyente. El Espíritu es el camarero divino que acerca a los comensales el menú sustancioso de la salvación.

En la carta a los Efesios, San Pablo nos habla de las cuatro dimensiones del Espíritu para que *“podáis comprender... cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo”* (Ef 3, 18-19). Ya sabemos que Dios es inmenso e incalculable. Ahora bien, resulta legítimo preguntarse, como hace San Pablo, ¿cómo actúa el Espíritu en estas coordenadas a fin de multiplicar el alma de todo creyente? Estas dimensiones también queremos verlas, de alguna manera, en la *Secuencia propia del Espíritu Santo*.

ANCHURA. Una de las misiones más hermosas del Espíritu es ensanchar los límites y los espacios de la caridad, ensanchar las paredes de la propia casa. Casi sin darnos cuenta podemos caer

en una cierta estrechez de miras. Podemos estar tan acostumbrados a nuestro ambiente, a nuestra zona de confort, a nuestros problemas, a nuestras obras, que ver más allá de nuestro mundo puede resultarnos casi imposible ¿Dónde queda, entonces, la actitud abierta y amplia, el talante católico y ecuménico?

El Espíritu es el que nos empuja a salir de nosotros y a ir al encuentro del otro, a acercarnos al herido del camino, a correr hacia el más necesitado en sintonía con ese otro espíritu que es el vicenciano. Para quien quiera aprender, el Espíritu enseña a abrir caminos, a tender puentes y a multiplicar medios de comunicación, a suturar divisiones, a sembrar reconciliaciones, a abrir el propio corazón *“a las dimensiones del corazón de Jesucristo”*, como dice la C 29 a. Este es el Espíritu Santo. Espíritu que todo lo puedes, cambia nuestro corazón por un corazón grande (cf. Ez 36,24-28), en el que resuenen las necesidades de las personas, partiendo siempre de las más próximas. Los brazos abiertos de Jesucristo en la cruz representan la anchura del Espíritu.

“Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo”.

LONGITUD. A veces, la urgencia del carisma vicenciano hace que sintamos la angustia de nuestra limitación, de no poder llegar a quien nos necesita, de no poder dar respuesta a tantas urgencias. Quisiéramos estar cerca de los que amamos y hacernos presentes en tantos puntos atormentados de la Tierra. Quisiéramos acercarnos samaritanamente a todos los heridos y caídos en el camino.

Es el Espíritu quien facilita estos deseos de presencia prolongada, porque Él hace llegar a todas las partes los deseos del corazón. No hay distancias para Él. Como aquel anciano peregrino del Himalaya, que pudo llegar a la cima en lo más crudo del invierno, *“porque su corazón había llegado primero”*. Así es el Espíritu: Él siempre llega primero y nosotros le seguimos fácilmente. Y esa capacidad del Espíritu para llegar tan lejos tiene un nombre, el amor.

“Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don en tus dones espléndido; luz que penetras las almas, fuente del mayor consuelo”.

ALTURA. La persona está hecha para volar como las aves, no para reptar como los gusanos. Por eso, el Espíritu se empeña en levantarnos y elevarnos hasta la transcendencia. La altura es personalización, dignidad y libertad. Cuando el ser humano se levanta de la tierra para andar erecto, es entonces cuando empieza a convertirse en persona. Soplas tu aliento y los creas, los animas, los elevas, los haces evolucionar en saltos cualitativos, los enciendes en deseos de superación y transcendencia.

Altura significa también libertad. El Espíritu nos eleva para que seamos libres. No nos quiere atados, agachados, hundidos, esclavizados. Donde está el Espíritu, allí hay libertad, allí hay dignidad, señorío, allí hay personalidad. Los vientos del Espíritu son siempre liberadores, como los vientos del Éxodo, o los de la Pascua, o los de Pentecostés. Cuando los discípulos recibieron en Pentecostés el viento del Espíritu, superaron sus miedos y ataduras, creció inmensamente su altura espiritual. Hoy sigue el Espíritu soplando sobre nosotros para elevarnos por encima de nuestras bajezas y nuestras tristezas. Y ya se sabe, si nosotros nos elevamos, podemos levantar a los demás.

“Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno”

PROFUNDIDAD. Seguramente tenemos que reconocer que vivimos con algún grado de ligereza, que nos relacionamos epidérmicamente, que se nos escapa el misterio de las cosas, que no sabemos interpretar el sentido de los acontecimientos, a pesar de tener en casa un gran maestro, San Vicente. Nuestra cultura o nuestras costumbres nos llevan a vivir hacia fuera, a aturdirnos de ruidos, a lle-